

NUEVA Y CURIOSA RELACION DE UN PRODIGIOSO
Portento que obró nuestra Señora del Carmen con un Caballero devoto suyo, natural de la Ciudad de Valencia, llamado

DON EUSEBIO DE HERRERA.

HOY se remonta mi pluma
á referir la mas alta
maravilla que han escrito
hasta aquí plumas humanas,

y por ser rara yo quiero
hacerla notoria á quantas
naciones el mar circunda
con sus cristalinas aguas.

Y asi para dar principio,
invoco á la Soberana
Emperatriz de los Cielos
Maria fuente de gracia.
que llevando el patrocinio
de esta Reyna Sacrosanta,
navegaré sin cuidado
por el mar de mi esperanza.
En la Ciudad de Valencia
digna de eterna alabanza,
la mejor que el Sol registra
por zelosias de plata,
se crió noble y bizarro
un Caballero, á quien llaman
Don Eusebio de Herrera,
con su Esposa Doña Juana,
muy devotos de la Virgen
del Carmen, Princesa Sacra,
y en un devoto Oratorio,
dentro de su misma casa
colocaron á la Imagen,
de esta Reyna Sacrosanta,
y en su oracion le pedian
que de su Hijo alcanzara,
que les diera sucesor
que su riqueza heredara.
Oyó Dios sus peticiones,
que la oracion mucho alcanza;
llegó el dia deseado
en que parió Doña Juana
un Infante muy hermoso.
del Padre una propia estampa.
En el Sagrado Bautismo
de nuestra Iglesia Romana
heredó el nombre del Padre,
y despues recibió el agua,
Se fué criando este niño
con la debida enseñanza,
siendo devoto de aquella
divina Aurora sin mancha
del Carmen, trayendo siempre
con tierno afecto su estampa
en el pecho, con gran zelo
una Salve le rezaba.
Al cumplir los quince abriles
á nadie se sujetaba.
era soberbio y altivo,
de condicion muy estraña.
Sucedióle á este mancebo
una desgracia muy rara,
y fué que estando una noche
con otros tres en compaña
en una casa de juego,
sobre unas malas jugadas
tuvo cierto desafio
con un Marques de importancia
Salieron desafiados
para reñir en campaña,
y Don Eusebio le dió
al Marqués una estocada
que le pasó el corazon
y á sus pies cayó sin habla,
quedando yerto cadaver
con otras dos estocadas.
Temeroso del peligro
se embarcó por la mañana
Don Eusebio en una nave
que á Alicante caminaba.
Llegó á este famoso puerto,
y alegre se desembarca,
y en casa de un Caballero
con mucho sigilo estaba;
y de alli á muy pocos dias
solicitó á cierta Dama,
y por gozarla la dió
de esposo mano y palabra,
con que villano alevoso
tuvo á esta Dama engañada,
sirviéndole de muger
con fingidas esperanzas.
Sintióse preñada, y antes
que el parto se le acercara,

le dixo un dia llorando,
quando cumples la palabra
que diste de ser mi esposo?
mira que á la Deidad Sacra
tenemos muy ofendida,
y él sin responderle nada
soberbio con un puñal
le dió siete puñaladas,
y despues abrióla el vientre,
y sacó de sus entrañas
la criatura que encierra,
y en una fuente de plata
la degolló ¡qué dolor!
quien hizo accion tan estraña!
y despues toda la sangre
á los perros la arrojaba,
metiendo la criatura
á donde primero estaba,
y en el mismo quarto hizo
un hoyo con una hazada,
y en él les dió sepultura,
y se salió de su casa,
cerró bien todas las puertas,
y en una nave marchanta
se embarcó segunda vez
para las indias de España,
y estando en medio del golfo
se levantó una borrasca
de relampagos y truenos,
que al mundo atemorizaban,
pues parecia que ya
su último fin llegaba.
Bramó el mar, tembló la tierra,
la nave al Cielo llegaba,
y los fulminantes rayos
unos con otros tocaban.
En tan grande confusion
cayó envuelta en vivas llamas
una horrorosa centella,
que dando en la misma jarcia
de la nave, la dexó
hecha carbon y abrazada,
no reservando su incendio
sino una sola tabla
donde quedó Don Eusebio
sin que peligrase en nada.
Entre tantas aflicciones
y penas que le cercaban,
oyó una voz que decia:
ea, cógele, qué aguardas?
respondióle otra diciendo:
no puedo, porque le guarda
una muger, cuyo nombre
nos confunde y avasalla.
Entonces sacó del pecho
aquella divina estampa
de la Reyna de los Cielos,
y de esta suerte le habla:
Dulcísima Madre mia,
no permitais, Virgen santa,
el que mi alma se pierda,
ten piedad, pide y alcanza
de tu santísimo Hijo
el perdon de mi ignorancia.
Ya conozco que he vivido
como bestia desfrenada,
mas yo te ofrezco enmendar
desde aqui mi vida errada
si vuestra piedad me libra
de tan peligrosas ansias.
Hecha aquesta peticion
los ojos al Cielo alza,
y vió baxar en un globo
de gloria la Soberana
Virgen del Carmen; que afable
de aquesta suerte le habla:
No temas, ni desconfies:
Yo soy quien te ampara y guarda,
y soy quien te ha defendido
del demonio y de sus garras:
y pues ya me has prometido
enmendar tu vida errada

volverás á la Ciudad,
y hallarás resucitada
aquella á quien diste muerte
sin tener alguna causa,
y le pedirás perdon,
cumpliéndole la palabra
que diste de ser su esposo,
que es deuda y debes pagarla;
y á aquel inocente Abel
que salió de sus entrañas,
darás el Santo Bautismo,
que asi mi Hijo lo manda.
Desaparecióse al punto,
y Don Eusebio en la tabla
navegaba al par del viento,
y llegando á las murallas
de la Ciudad, saltó en tierra,
y pronto se fué á la casa
referida, donde halló
de las heridas bien sana
á la Dama, y en sus brazos
al tierno Infante miraba,
con profunda humildad
rendido besó las plantas
de la Dama, y le pidió
perdon con lágrimas tantas
que consiguió de sus yerros
el perdon que deseaba.
La Dama afable lo admite,
y con caricias urbanas
lo perdona, porque asi
de Dios serán perdonadas
sus culpas, que quien perdona
de Dios el perdon alcanza.
Dieronle cuenta al Obispo,
y su Ilustrísima manda
que de este raro portento
caracteres se fixarán
en las puertas de los Templos
para que el cristiano traiga
consigo aqueste retrato
para su defensa y guarda.
Concedió quarenta dias
de Indulgencia á todas quantas
devotas personas pongan
en su pecho aquesta estampa
de la Soberana Madre
del Carmen Reyna Sagrada.
Bautizaron al Infante,
como la Iglesia lo manda,
y juntamente sus Padres
alegres se desposaban,
y en el yugo de himeneo
viven rindiéndole gracias
al Sacro Autor de la vida,
y á esta Reyna Soberana
del Carmen, á quien de veras
Pedro Portillo le clama
nos ampare como Madre,
alcanzándonos la gracia
en esta vida, y despues
nuestra Bienaventuranza.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de Don Rafael García Rodriguez, Calle de la Librería.